

HACIA LA OSCURIDAD  
Anna Bolavá

Traducción del checo de Patricia Gonzalo de Jesús

BÁLTICA **editorial**

La publicación de este libro ha contado con el apoyo del Ministerio de Cultura de la República Checa.



Título original: *Do tmy*

Copyright © Anna Bolavá, 2015

First published in 2015 by EUROMEDIA GROUP, a.s. – Odeon, Nádražní  
896/30, 150 00 Praha 5

© de esta edición: Báltica Editorial, 2023

© de la traducción: Patricia Gonzalo de Jesús

© de la cubierta: Nora Montesinos

Diseño y maquetación: Prema Served

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, c/Pino, nº 5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-125465-4-5

DL: M-15494-2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicado a Eva. Las dos sabemos.  
Todas las plantas medicinales recolectadas en el libro existen en  
realidad.



*La recolección de hierbas no es para caracteres débiles.*

Anna Bartáková



## CAPÍTULO UNO

### Flor de tilo silvestre

No puedo evitarlo, así que prefiero salir una vez más al patio. Ahora ya ha caído la sombra, pero el cemento resquebrajado sigue estando caliente al final de este día caluroso. Miro a lo alto. Al Oeste todavía está descendiendo un cielo hermoso que resplandece en la distancia con una luz anaranjada. Por el Este se aproximan nubarrones. Tienen un aspecto amenazante, pero avanzan despacio, así que sigo sin saber qué decisión tomar. Seguro que cae un chaparrón: de eso no cabe duda. Marcela me avisó a gritos desde el otro lado de la cerca, hace ya una hora. Ha guardado todas las macetas y las jardineras en el sótano. Acaba de encerrarse en casa. No son ni las seis, pero hoy ya no se le va a ver el pelo. Y es que hoy va a suceder. La cuestión es cuándo. Qué me va a dar tiempo a hacer hasta ese momento. Cuántas bolsas tengo que coger y si me harán falta unas tijeras. Hace bochorno. Tengo flojera en las piernas. El sol, aún intenso, hiere los ojos sin compasión. Será mejor que me lleve las gafas de sol. Y habría que ponerse un pañuelo en la cabeza. Me lo estoy pensando. Al fin y al cabo, voy a ir a toda prisa y tal vez sea mejor dejar el pelo al aire. Lo importante es que tiene que ser rápido. No puedo perder el tiempo. Sacaré la bicicleta del cobertizo y meteré en la cesta tres bolsas de papel grandes. Las sujetaré con una piedra para que no se me vuelen por el camino. Ya se verá sobre la marcha si las lleno. Pasaré por la plaza del mercado y regresaré por abajo, por Buben. Marcela se ha encerrado a cal y canto, pero ha dejado una ven-

tana abierta para ventilar. Tras la cortina que ondea al viento se puede ver que en la televisión están emitiendo el pronóstico del tiempo. No será para tanto, si aún no ha desconectado los electrodomésticos. A lo mejor la cosecha es buena. Si me doy prisa. La cabeza me da vueltas de moverme tan rápido. Me han entrado náuseas. Me ha llovido un aluvión de felicidad, demasiada para un día, de golpe, y no logro procesarlo. Me muero de ganas. La inquietud se intensifica en mi interior.

Fuera hace un bochorno insoportable que se te pega al cuerpo incluso yendo rápido en bicicleta. El pelo me ondea al viento, que también es caliente, lo cual está bien. Al menos se me secará y no me incordiará de noche. El camino al mercado es llano y seguro, así que cuando no estoy dándole a los pedales como loca, suelto el manillar y extendiendo los brazos al aire. Vuelo por el espacio, achicharrado por el incipiente verano, que en un par de horas refrescará una lluvia torrencial. Me quito la cinta del pelo. Flameo en todas direcciones. Me entran ganas de cerrar los ojos y alzar el vuelo, pero debo controlarme: a veces aparece gente por la calle y podrían volver a circular rumores de que no me comporto de manera apropiada. El común de los mortales, en provincias, nunca comprenderá lo que necesita un hada en la vida. Agarro el manillar y pedaleo. No puedo perder tiempo. El viento arrecia cada vez más, pero no es porque corra como si me fuera la vida en ello ni porque vaya a toda velocidad por la carretera principal, junto a la presa, al mercado, donde este año, por primera vez, recolectaré flor de tilo. Algo gordo está a punto de suceder. Va a llover, y a lo grande. Un día así de extraño, incandescente, no puede terminar de otra manera. A Marcela no le cabe la menor duda. Acaba de ver por televisión predicciones aterradoras. Toda pegajosa del sudor, se agacha y tira del ladrón en el enchufe. No logra sacarlo, así que hace fuerza y lo menea en todas direcciones. Aunque tenga que arrancar aún más yeso de la pared, lo va a des-



enchufar, sí o sí. Se dispone a hacer lo mismo en la cocina y en el dormitorio. Si pudiera, desconectaría hasta la farola que se alza en la calle frente a su casa. Se ha puesto toda roja y le palpitan las sienes de los nervios, pero hoy ya no va a poner ni un pie en el baño. Se tumba en el sofá y se tapa con una manta peluda. No es la primera vez que no se lava por miedo y que no le queda más remedio que apestar en silencio, a solas en la oscuridad. Así que al menos cierra los ojos y espera a que pase rápido. Si Dios quiere, mañana saldrá otra vez el sol y abrirá la ventana. Hasta entonces aguantará bajo la manta. De todas formas, no le queda otra, porque comienza el verano y con él las tormentas y las lluvias torrenciales que lo caracterizan.

Ya en el mercado, el sol comienza a despedirse. Dos de los tilos aún no han florecido y otros dos están empezando a hacerlo, de momento a medias. El último, el más viejo, es un verdadero prodigio, cubierto de flores abiertas: sus ramas, grávidas, casi llegan al suelo. Dejo caer la bici en la hierba sin segar, junto al muro: ya he llegado. Saludo a los primeros bichitos negros y a moscas diminutas. A través de los rayos de sol se ve una nube de mosquitos. Aquí estoy, aquí me tenéis. Abro la bolsa que llevo colgada en mi hombro izquierdo y con la mano derecha agarro una rama repleta de flores. Tiro de ella hacia mí y empiezo. Ya tengo delante de las narices a las abejas: con estas hay que tener cuidado. La mayoría de ellas me sobrevuela y serpentea junto con el árbol en el aire, caliente. Su zumbido, como el olor de los tilos, es omnipresente y, como siempre, sobrecogedor. Me lleva un rato acostumbrarme al lugar y al tamaño de las flores. Además, de cuando en cuando, tengo que deslizar la bolsa hasta que me la acomodo mejor en el brazo. Al final la dejo en la muñeca, porque se me escurre del hombro y me retrasa. Ahora todo tiene que ir como la seda, cada movimiento debe enlazarse con el anterior. La recolección de tila es un acto sublime, hermoso, pero para llevarla